

O COLÓQUIO DOS CÃES



UNICAMP

UNIVERSIDADE ESTADUAL DE CAMPINAS

Reitor

JOSÉ TADEU JORGE

Coordenador Geral da Universidade

ALVARO PENTEADO CRÓSTA

E D I T O R A
U N I C A M P

Conselho Editorial

Presidente

EDUARDO GUIMARÃES

ESDRAS RODRIGUES SILVA – GUITA GRIN DEBERT

JOÃO LUIZ DE CARVALHO PINTO E SILVA – LUIZ CARLOS DIAS

LUIZ FRANCISCO DIAS – MARCO AURÉLIO CREMASCO

RICARDO LUIZ COLTRO ANTUNES – SEDI HIRANO

Miguel de Cervantes

O COLÓQUIO
DOS CÃES

EDIÇÃO EM ESPANHOL E PORTUGUÊS

TRADUÇÃO **Walter Carlos Costa**
Pablo Cardellino Soto

FICHA CATALOGRÁFICA ELABORADA PELO
SISTEMA DE BIBLIOTECAS DA UNICAMP
DIRETORIA DE TRATAMENTO DA INFORMAÇÃO

C337c Cervantes Saavedra, Miguel de, 1547-1616.
O colóquio dos cães / Miguel de Cervantes, tradução: Walter Carlos Costa e Pablo Cardellino Soto. – Campinas, SP: Editora da Unicamp, 2013.

1. Ficção espanhola. I. Walter Carlos Costa. II. Pablo Cardellino Soto. III. Título. IV. Título: El colóquio de los perros.

ISBN 978-85-268-1042-6

CDD 863-3

Índices para catálogo sistemático:

1. Ficção espanhola 863-3

Título original: *El colóquio de los perros*

Copyright © 2013 by Editora da Unicamp

Direitos reservados e protegidos pela Lei 9.610 de 19.2.1998.

É proibida a reprodução total ou parcial sem autorização,
por escrito, dos detentores dos direitos.

Printed in Brazil.
Foi feito o depósito legal.

Direitos reservados à

Editora da Unicamp
Rua Caio Graco Prado, 50 – Campus Unicamp
CEP 13083-892 – Campinas – SP – Brasil
Tel./Fax: (19) 3521-7718/7728
www.editora.unicamp.br – vendas@editora.unicamp.br

O COLÓQUIO
DOS CÃES

EL COLOQUIO DE LOS PERROS

NOVELA Y COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPIÓN
Y BERGANZA, PERROS DEL HOSPITAL DE LA
RESURRECCIÓN, QUE ESTÁ EN LA CIUDAD
DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL
CAMPO, A QUIEN COMÚNMENTE LLAMAN
“LOS PERROS DE MAHUDES”

CIPIÓN — Berganza amigo, dejemos esta noche el Hospital en guarda de la confianza y retirémonos a esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto a los dos nos ha hecho.

BERGANZA — Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

CIPIÓN — Así es la verdad, Berganza; y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto, irracional.

NOVELA E COLÓQUIO QUE SE PASSOU ENTRE
CIPILÃO E BERGANZA, CÃES DO HOSPITAL
DA RESSURREIÇÃO, QUE ESTÁ NA CIDADE
DE VALLADOLID, FORA DA PORTA DO
CAMPO, A QUEM GERALMENTE CHAMAM
“OS CÃES DE MAHUDES”

CIPILÃO — Berganza amigo, deixemos esta noite o Hospital sob a guarda da confiança e retiremo-nos a esta solidão e entre estas esteiras, onde poderemos gozar sem sermos ouvidos desta não vista mercê que o céu da mesma forma a nós dois fez.

BERGANZA — Cipião irmão, te ouço falar e sei que te falo, e não posso acreditar, por parecer-me que o fato de falarmos vai além dos limites da natureza.

CIPILÃO — Isso lá é verdade, Berganza; e vem a ser maior este milagre por não só falarmos, mas falarmos com discurso, como se fôssemos capazes de razão, estando tão sem ela, pois a diferença que há do animal bruto para o homem é ser o homem animal racional, e o bruto, irracional.

BERGANZA — Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla. Bien es verdad que, en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogativas nuestras: tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento capaz de discurso.

CIPIÓN — Lo que yo he oído alabar y encarecer es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra; tanto, que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así, habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, a los pies, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

BERGANZA — Bien sé que ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores sin apartarse dellas, sin comer, hasta que se les acababa la vida. Sé también que, después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento; luego, el caballo, y el último, la jimia.

CIPIÓN — Así es, pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún

BERGANZA — Tudo o que dizes, Cipião, eu entendo, e dizê-lo tu e entendê-lo eu me causa nova admiração e nova maravilha. É bem verdade que, no decurso da minha vida, diversas e muitas vezes ouvi contarem grandes vantagens nossas: tanto, que parece que alguns quiseram entender que temos um natural diferente, tão vivo e tão agudo em muitas coisas, que dá indícios e sinais de faltar pouco para mostrar que temos um não sei quê de entendimento capaz de discurso.

CIPIÃO — O que ouvi louvar e exaltar é nossa muita memória, a gratidão e nossa grande fidelidade; tanto, que costumam nos pintar como símbolo da amizade; e assim, terás visto (se olhaste com atenção) que nas sepulturas de alabastro, onde costumam estar as figuras daqueles que ali estão enterrados, quando são marido e mulher, colocam entre eles, aos pés, uma figura de cachorro, como sinal de que mantiveram na vida amizade e fidelidade inviolável.

BERGANZA — Bem sei que houve cachorros tão agradecidos que se atiraram com os corpos defuntos dos seus amos na mesma sepultura. Outros ficaram sobre as sepulturas onde estavam enterrados seus senhores sem se afastar delas, sem comer, até se lhes esvaír a vida. Sei também que, depois do elefante, o cachorro está em primeiro lugar em parecer que tem entendimento; seguido pelo cavalo e, em último, pela macaca.

CIPIÃO — Isso mesmo, mas confessarás que nem viste nem ouviste dizer jamais que um elefante, ca-

elefante, perro, caballo o mona; por donde me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes.

BERGANZA — Desamano, no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

CIPIÓN — ¿Qué le oíste decir?

BERGANZA — Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina.

CIPIÓN — Pues, ¿qué vienes a inferir deso?

BERGANZA — Infero, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre.

[CIPIÓN] — Pero, sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no; que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué hablamos; mejor será que este buen día, o buena noche, la metamos en nuestra casa; y, pues la tenemos tan buena en estas esteras y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al

valo ou macaca tenham falado, o que faz concluir que este nosso falar tão imprevisto cai no número daquelas coisas chamadas portentos, as quais, quando se mostram e aparecem, a experiência constatou que alguma grande calamidade ameaça as pessoas.

BERGANZA — Dessa maneira, não será exagero eu ter por sinal portentoso o que ouvi um estudante dizer dias passados, passando por Alcalá de Henares.

CIPIÃO — O que ouviste ele dizer?

BERGANZA — Que dos cinco mil estudantes que cursavam aquele ano na universidade, dois mil estudavam medicina.

CIPIÃO — Pois o que inferes disso?

BERGANZA — Infiro ou que esses dois mil médicos vão ter doentes para curar (o que seria grande praga e má ventura), ou que eles vão morrer de fome.

CIPIÃO — Mas, seja como for, nós falamos, seja portentoso ou não, pois o que o céu ordena acontecer não há diligência nem sabedoria humana que possa evitar; e assim, não temos por que ficar discutindo como ou por que falamos; melhor será aproveitarmos que este é o dia, ou a noite, da caça e, já que estamos tão bem nestas esteiras e não sabemos quanto durará esta nossa ventura, saibamos tirar proveito dela e falemos a noite toda, sem dar espaço para o sono nos impedir esse gosto, há tanto desejado por mim.

sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

BERGANZA — Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria; y allí, de antiguas y muchas, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero, ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa a decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán a pedir este bien, que por prestado tengo.

CIPIÓN — Sea ésta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas, y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas.

BERGANZA — Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo; y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo donde podamos manifestallos. Pero advierte primero si nos oye alguno.

CIPIÓN — Ninguno, a lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más estará para dormir que para ponerse a escuchar a nadie.

BERGANZA — E por mim também, que desde que tive forças para roer um osso tive o desejo de falar, para dizer coisas que depositava na memória; e ali, por serem antigas e muitas, ou ficavam emboloradas ou esquecidas por mim. Porém, agora, que, sem pensar no assunto, me vejo enriquecido por este divino dom da fala, penso gozá-lo e aproveitá-lo o quanto puder, apressando-me a dizer tudo que lembrar, mesmo que seja atropelada e confusamente, porque não sei quando vão me pedir de volta este bem, que considero emprestado.

CIPIÃO — Seja dessa maneira, Berganza amigo: esta noite tu me contas a tua vida e os percalços por onde chegaste ao ponto em que agora estás, e se amanhã de noite estivermos com fala, eu te contarei a minha; porque melhor será gastar o tempo contando as nossas próprias vidas do que em procurar saber das alheias.

BERGANZA — Sempre, Cipião, te tive por discreto e por amigo; e agora mais que nunca, pois como amigo queres me dizer tuas histórias e saber das minhas, e como discreto repartiste o tempo que possamos manifestá-las. Mas olha primeiro se alguém nos ouve.

CIPIÃO — Ninguém, pelo que me parece, posto que aqui perto há um soldado tomando suores; mas agora deve estar mais para dormir do que para ficar escutando alguém.

BERGANZA — Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha; y si te cansare lo que te fuere diciendo, o me reprehende o manda que calle.

CIPIÓN — Habla hasta que amanezca, o hasta que seamos sentidos; que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.

BERGANZA — «Paréceme que la primera vez que vi el sol fue en Sevilla y en su Matadero, que está fuera de la Puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que después te diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, a quien llaman jiferos. El primero que conocí por amo fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería. Este tal Nicolás me enseñaba a mí y a otros cachorros a que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos a los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.»

CIPIÓN — No me maravillo, Berganza; que, como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

BERGANZA — ¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que vi en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero, has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al Rey ni a su justicia; los más, amancebados;

BERGANZA — Pois se posso falar com essa certeza, escuta; e se te cansar o que te disser, ou me repreende ou manda eu calar.

CIPIÃO — Fala até amanhecer, ou até sermos ouvidos; que eu te escutarei de muito bom grado, sem te impedir, a não ser quando for necessário.

BERGANZA — «Parece-me que a primeira vez em que vi o sol foi em Sevilha, no Matadouro, que está fora da Porta da Carne; por isso a princípio imaginei (não fosse pelo que depois te direi) que os meus pais devem ter sido alãos daqueles criados pelos ministros daquela confusão, chamados magarefes. O primeiro amo que conheci foi um tal Nicolás, o Rombudo, moço robusto, atarracado e colérico, como são todos os magarefes. Esse tal Nicolás ensinava a mim e a outros filhotes a, junto com os alãos velhos, investirmos contra os touros e agarrarmos as orelhas deles. Com muita facilidade me tornei uma águia nisso.»

CIPIÃO — Não me admira, Berganza; pois, como o obrar mal vem de natural colheita, facilmente se aprende a fazê-lo.

BERGANZA — Que te direi, Cipião irmão, do que vi naquele Matadouro e das coisas exorbitantes que acontecem ali? Primeiro, tens de pressupor que todos os que nele trabalham, do mais jovem ao mais velho, são gente frouxa de consciência, desalmada, sem temer o Rei nem a sua justiça; a maioria deles,

son aves de rapiña carniceras: mantiéñense ellos y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas que son días de carne, antes que amanezca, están en el Matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que, viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros. No hay res alguna que se mate de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado. Y, como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere; y la que primero se mata, o es la mejor, o la de más baja postura, y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan a esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan como si fuesen sauces o parras. Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca; por quítame allá esa paja, a dos por tres meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro. Por maravilla se pasa día sin pependencias y sin heridas, y a veces sin muertes; todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir a un hombre discreto que

amancebados; são aves de rapina carniceiras: sustentam-se eles e as suas amigas do que furtam. Todas as manhãs que são dias de carne, antes do amanhecer, está no Matadouro grande quantidade de mulherzinhas e garotos, todos com sacos, que, chegando vazios, voltam cheios de pedaços de carne, e as criadas colhem colhões e lombos quase inteiros. Não há rês que se mate de quem essa gente não leve dízimos e primícias do mais saboroso e bem posto. E, como em Sevilha não existe responsável pela carne, cada um pode trazer a carne que quiser; e a que é morta primeiro ou é a melhor ou a mais em conta, e com esse esquema sempre há muita abundância. Os donos recomendam a essa boa gente a que me referi, não para não furtarem (pois isso é impossível), mas para moderarem as facadas e limpas que fazem nas reses mortas, que eles desbastam e podam como se fossem salgueiros ou parreiras. Mas nada me admirava mais nem me parecia pior do que ver que esses magarefes com a mesma facilidade matam um homem ou uma vaca; por dá cá esta palha, volta e meia metem uma faca de cabo de chifre na barriga de uma pessoa, como se nuqueassem um touro. Por milagre passa um dia sem pendências e sem feridas e, às vezes, sem mortes; todos se acham valentões e um pouco bandidos; não há nenhum sem o seu anjo da guarda na praça de São Francisco, granjeado com lombos e línguas de vaca. Finalmente, ouvi um homem discreto dizer que três coisas faltava ao Rei

tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

CIPIÓN — Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que, al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos (quiero decir que algunos hay que, aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento); otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz, se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

BERGANZA — Yo lo haré así, si pudiere y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar; aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir a la mano.

CIPIÓN — Vete a la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

BERGANZA — «Digo, pues, que mi amo me enseñó a llevar una espuerta en la boca y a defenderla de quien quitármela quisiese. Enseñóme también la

ganhar em Sevilha: a rua da Caça, a Ladeira e o Matadouro.

CIPIÃO — Se vais ficar contando as condições dos amos que tiveste e os defeitos dos seus ofícios, amigo Berganza, como ficaste desta vez, mister será pedir ao céu que nos conceda a fala pelo menos por um ano, e mesmo assim temo que, com o teu passo, não chegarás à metade da tua história. E quero te advertir sobre uma coisa, da qual terás a experiência quando te contar as histórias da minha vida; e é que certos contos encerram e têm graça neles mesmos; outros, no modo de contá-los (quero dizer que há alguns que, mesmo contados sem preâmbulos e ornamentos de palavras, dão contentamento); outros há que é mister vesti-los de palavras, e com demonstrações do rosto e das mãos, e, com mudar a voz, fazem algo de um nada, e de frouxos e desmaiados se tornam agudos e agradáveis; e não esqueças esta advertência, para te servires dela no que ainda tens a dizer.

BERGANZA — Farei assim, se puder e se me der lugar a grande tentação que tenho de falar; embora me pareça que com grandíssima dificuldade poderei aguentar a mão.

CIPIÃO — Aguenta a língua, que nela consistem os maiores danos da humana vida.

BERGANZA — «Digo, pois, que o meu amo me ensinou a levar uma alcofa na boca e a defendê-la de quem quisesse tirá-la de mim. Mostrou-me também a casa da sua amiga, e com isso poupou a vinda da

casa de su amiga, y con esto se escusó la venida de su criada al Matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches. Y un día que, entre dos luces, iba yo diligente a llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó a la puerta de la calle, y me tornó a llamar. Lleguéme a ella, como si fuera a ver lo que me quería, que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta y ponerme en su lugar un chapín viejo. Entonces dije entre mí: “La carne se ha ido a la carne”. Díjome la moza, en habiéndome quitado la carne: “Andad [G]avilán, o como os llamáis, y decid a Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fíe de animales, y que del lobo un pelo, y ése de la espuerta”. Bien pudiera yo volver a quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.»

CIPIÓN — Hiciste muy bien, por ser prerrogativa de la hermosura que siempre se le tenga respecto.

BERGANZA — «Así lo hice yo; y así, me volví a mi amo sin la porción y con el chapín. Parecióle que volví presto, vio el chapín, imaginó la burla, sacó uno de cachas y tiróme una puñalada que, a no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en polvorosa, y, tomando el camino en las manos y en los pies, por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios adonde la fortuna quisiese llevarme.